

Anécdotas francohispanoamericanas, o los recuerdos importunos

(De *El Sol*, Madrid)

EN *La Dépêche*, de Toulouse, correspondiente al 25 de julio, puede leerse, bajo el título «M. Peretti et l'Amérique», lo siguiente:

El Sr. Peretti de La Roca, que acompaña al Sr. Herriot en Londres, ha hecho una gran parte de su carrera en la América latina. Cuando estuvo en México le ocurrió recibir el correo de la Embajada italiana: el servicio de la valija diplomática en Roma se lo había enviado, bajo la fé de su nombre sonoro y mediterráneo.

En Venezuela conoció al dictador Castro, que trataba como sabemos a los mercaderes, a los acreedores y las acreencias europeos. Completamente iletrado, despreciaba a Europa tanto como la desconocía.

«Un día—cuenta el Sr. Peretti—, cuando se le presentaba una reclamación de Bélgica, exclamó:—¿Bélgica? ¿Dónde queda Bélgica? Enséñemela en el mapa. Y cuando la vió en la carta, se contentó con responder: «Demasiado pequeña: no pago.»

Antes de la guerra solían verse con frecuencia en los periódicos de París sueltitos jococursis como el anterior. Ese privilegio va quedando ahora para los diarios de provincia.

La ignorancia que resplandece en el sueltito no es la del ex-Presidente Castro, sino la del periodista de Toluca. ¡Ojalá hubiera sido Castro tan iletrado como su sucesor, muy admirado oficialmente, en Francia! Su elocuencia nos habría perjudicado menos.

Dios me libre de defender al ex-Presidente: no lo merece. De los nueve años que duró su gobierno, los cinco primeros no fueron ni malos ni buenos. Durante los otros cuatro enfermó. Gobernó desde su alcoba de valetudinario. Débil por la dolencia, quiso mostrarse enérgico: erró, cayó, pasó.

Pero, enfermo o sano, en los primeros años de su gobierno o en los últimos, siempre supo sostener una vigorosa política nacional contra la insolencia de diplomáticos y empresas extranjeros. Los diplomáticos cayeron: las empresas extranjeras se inclinaron ante la Ley. Pudo decir «no pago», e hizo bien, cuando las reclamaciones extranjeras se convertían en negocios de los diplomáticos. A tal punto, que los Estados Unidos, por ejemplo, reclamaban más de 82.000.000 de pesetas por una deuda de sólo 2.000.000. Casi en las mismas proporciones reclamaban Francia, Alemania, Bélgica, y, sobre todo, Italia.

La historia de las reclamaciones europeas será—el día que se escriba bien documentada y en conjunto—, la historia de la ignominia europea y de la estupidez americana. Con la mitad del dinero pagado injustamente por reclamaciones, habría para comprar y sostener una marina de guerra que las hiciera imposibles.

Tal vez el Sr. Peretti de la Roca cuente las anécdotas que le atribuye el periodista. Los diplomáticos tratan de ser amenos. A veces lo consiguen. Y siempre lo son más que los provincianos que escriben en diarios lugareños. También suelen los diplomáticos ser anecdóticos, como los generales y las «cocottes».

Pero esta vez quizás atribuye el repórter al diplomático anécdotas ajenas o quizás de su propia cosecha; no se da sino a los ricos. Y el Sr. Peretti resulta, en este sentido, millonario. Es, en efecto, M. Peretti de la Roca, uno de los altos funcionarios de más talento en el Quai d'Orsay, y uno de los que mejor conoce los asuntos y a los hombres de nuestra América.

¿Cómo va a imaginarse este hombre tan distinguido que nadie vaya a tomar en serio su historia de la valija

diplomática italiana? O, mejor dicho: el Sr. Peretti de la Roca, como hombre de mundo y de tacto, sabe ante quién cuenta sus anécdotas y que sólo un diarista de provincia pueda creerle que Castro no sepa dónde está Bélgica y que el ministerio de Relaciones Exteriores de Italia le mande la valija diplomática al ministro de Francia en Méjico.

• •

Volviendo a Castro, diremos que en sus muchos conflictos con los países de Europa y con los Estados Unidos casi siempre tuvo razón, aunque casi nunca supo tenerla. Le sobraron altanería y violencia. Le faltó vaselina, diplomacia.

Y en punto a anécdotas, las hay más divertidas que la citada por *La Dépêche*, de Toulouse.

Aquella, por ejemplo, de que fué protagonista M. Taigny, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Francia en Caracas.

Se estaba en tiempos de anormalidad política y el Presidente tenía sus razones para sospechar de la parcialidad de algunos cónsules y diplomáticos en favor de la revolución. Sospechábase, principalmente, del cónsul de Francia, enamorado de la hija de un jefe enemigo del Gobierno. Este cónsul, probada su complicidad, tuvo el excesivo pundonor de suicidarse.

El Gobierno dictó la orden de que nadie, fuera de las personas que pidiesen permiso, subiera a bordo de un buque francés recién llegado a La Guayra. Para que la orden se cumpliera, fué colocado, al pie de la escalerilla del buque, un policía.

Se presentó el Sr. Taigny, ministro de Francia. ¡El policía le requirió el permiso! En vez de solicitarlo, o de manifestar su carácter oficial, el belicoso Sr. Taigny dió un empujón al agente policiaco y pasó adelante.

A bordo, toda la tripulación se moría de risa, admirando los bíceps de su excelencia el Sr. Taigny.

Se participó al Gobierno, a Caracas, lo ocurrido:

—Bueno, dijo Castro. Si el señor Taigny ha penetrado en el barco en esa forma violenta, será que tiene interés en regresar a Francia. Y como debemos complacerlo, que no se le permita desembarcar, ni siquiera para dar excusas.

Y el excelentísimo señor Taigny tuvo que seguir viaje a Francia entre la rechifla—no de la indignada gente de a bordo—, sino de la diplomacia y de la Prensa universales.

¿Obró bien el Presidente Castro? Obró mal, muy mal. A un gran país como Francia no se le puede tratar de ese modo—ni a un pequeño país tampoco—aunque ocasionalmente esté representado por un botarate, que hace gala de sus «bíceps» de circo, contra las autoridades de la nación ante la cual está acreditado, como el excelentísimo Sr. Taigny.

Castro obró cómo un bárbaro; pero, ¿obró de otra manera el señor Taigny?

Anécdota por anécdota, correspondemos con esa a *La Dépêche*, de Toulouse. Se la cedemos para su anecdotario.

Y añadiremos, a guisa de moraleja, que no es con historias verídicas o apócrifas que hieran el sentimiento nacional de un pueblo o de una raza, como los periodistas defenderemos mejor los ideales que nos sean caros.

Conviene sacrificar el buen humor, en gracia de la justicia... y aun de la mera civilidad.

R. BLANCO-FOMBONA

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443